

LOS VARONES HACIA LA PARIDAD EN LO DOMÉSTICO

- discursos sociales y prácticas masculinas -

© 2000. Luis Bonino Méndez*

Las mujeres, en este comienzo de siglo, están cada vez más firmemente y en todos los ámbitos luchando por disminuir la desigualdad que sufren en relación a los varones en todo el tejido social. El cuestionamiento de la hegemonía del poder masculino y el fortalecimiento de sus derechos como personas/ciudadanas son parte de esta lucha, que desafía los modelos tradicionales de relación entre mujeres y varones.

No sólo las mujeres, solas o agrupadas, sino también los Estados modernos están implicándose activamente en la lucha contra la desigualdad femenina. En el caso específico de Europa, el interés político en conseguir igualdad entre mujeres y varones es cada vez más relevante, y términos tales como *reparto de responsabilidades*, *corresponsabilización*, *conciliación de la vida familiar o laboral*, *nuevos pactos*, o *democracia paritaria* son cada vez más utilizados para expresar esa voluntad de logro de igualdad. Muchas leyes con este objetivo han sido dictadas por los parlamentos europeos, que han sido sensibles a los reclamos de las mujeres.

Sabemos que las leyes no bastan. Entre la igualdad formal y la real existe todavía una gran distancia que sólo podrá cerrarse si todos los actores sociales nos comprometemos con la igualdad. Pese a esta necesidad, lo que actualmente se observa es que quienes plantean con fuerza la necesidad y el deseo de ejercer la igualdad y acceder a la paridad en todos los ámbitos –es decir, compartir las responsabilidades familiares, el trabajo, el ocio y el poder– son casi unánimemente las mujeres.

No cabe duda que los varones escuchamos estos planteos. Pero, ¿qué decimos y qué hacemos frente a ellos? ¿Qué posición estamos adoptando –individual y grupalmente– frente a las nuevas mujeres que no se resignan a ser el segundo sexo ni a ser ciudadanas de segunda? ¿Estamos dispuestos honestamente a ese compartir, practicando la democracia en lo cotidiano? (Simón Rodríguez, 1999). Mas allá de votar leyes y presupuestos, o ser portavoces en las instituciones públicas que reclaman igualdad ¿cuántos de nosotros nos sentimos implicados personalmente en la lucha por la igualdad? ¿Nos interesa? ¿Estamos dispuestos, mas allá de las buenas intenciones, a ser igualitarios con todas las consecuencias que esto implica?

Es mi impresión que estas preguntas suelen ser poco enunciadas en el debate público y poco en lo privado, y sin embargo no podemos dejarlas de lado, a menos que creamos que el problema de la igualdad es sólo un problema de las mujeres. Dadas las numerosas cuestiones que plantean, en este artículo las tomaré como base para reflexionar sobre uno de los espacios en que la igualdad con las mujeres se juega cotidianamente: el espacio doméstico tal cual está diseñado en la familia “tradicional”, en la que los varones están como pareja, hijos o padres. Procuraré específicamente analizar la participación masculina en ese ámbito, los discursos psicosociales acerca de esa participación y los factores que provocan el actual estado de cosas. Y lo haré desde mi lugar de sujeto no neutro, sino varón, de clase media, psicoterapeuta, profeminista, estudioso de la masculinidad y sus avatares, integrante de un núcleo familiar “tradicional” (mujer/varón adultos, e hij@s) y residente en un país de los llamados del “primer mundo” –España–, todo lo cual enmarca –por supuesto– mi pensamiento y mi mirada sobre la temática a desarrollar.

VARONES Y MUNDO DOMÉSTICO

Prácticas masculinas en lo doméstico

En el ámbito doméstico, el actual avance femenino hacia la igualdad está representado principalmente por dos acciones: la primera, el abandono de la dedicación total del tiempo propio a la familia al decidir entrar al mundo del trabajo remunerado, las actividades de tiempo libre y la política, y la segunda, el reclamo a los varones de corresponsabilización en el trabajo doméstico. Y los varones, ¿cómo responden a esto? ¿Qué, cómo y cuánto hacen en este ámbito?

No existen demasiadas investigaciones sobre la participación de los varones en las tareas domésticas y el cuidado de l@s niñ@s y ancian@s. Sin embargo, las que existen muestran –al menos en Europa– similares conclusiones (Duran, 1987; Alvaro, 1996; Meil Landwerling, 1997; Deven, 1998; McMahon, 1999). Algunos de los datos de los años 1995-97 derivados de dichas conclusiones, y que sintetizan la situación, son los siguientes:

- En España, el 85% de los varones cree que las mujeres tienen derecho a trabajar fuera de casa. Sin embargo, sólo el 40% cree que las tareas domésticas deben repartirse.
- También en España, el 50% de los varones adultos que conviven con familiares no hace nada en el hogar, excepto comer y descansar. Sólo un 3% comparte igualitariamente las tareas domésticas. En el resto de Europa, las cifras no son muy diferentes. Otros ejemplos europeos: la compra en el mercado la hacen sólo entre 6% y un 25% de los varones. Y entre los jóvenes de hasta 16 años, sólo el 33% alguna vez ha limpiado la casa.
- En relación al uso del tiempo –bien escaso e imposible de dilatar–, los varones dedican en la semana 1 ½ horas más por día de tiempo para sí que las mujeres, y 3 los fines de semana.
- En cuanto al cuidado de l@s niñ@s, los datos de muchas investigaciones sobre padres muestran que tienden a implicarse algo más, pero sobre todo en el juego y las actividades agradables con sus hij@s, pero sin modificar significativamente su implicación en las rutinas de la crianza ni en el resto del trabajo doméstico. En el cuidado de l@s ancian@s su aportación es mínima.
- La presencia del varón/pareja en el hogar aumenta el trabajo femenino en 8 horas por semana, generando un trabajo similar o mayor a otro hijo, no cubriendo lo que ellos hacen el monto de trabajo extra que generan (de hecho, las mujeres cabezas de familias monoparentales ocupan menos tiempo en su trabajo doméstico que las que están en pareja).
- En cuanto a la iniciativa masculina de involucración, ésta es mínima. De hecho, una de las variables encontradas como más significativamente correlacionadas con la cantidad de trabajo doméstico realizada por los varones, no es una variable masculina, sino el monto de recursos educativos profesionales y económicos de la mujer. Con dichos recursos, ellas negocian con más fuerza el reparto de tareas. La variable del nivel educativo masculino tiene un valor menor. Y la variable encontrada como más significativamente asociada a la participación masculina en lo doméstico es la presencia o ausencia de una mujer/pareja laboralmente capaz en el hogar: los varones trabajan en casa cuando no tienen alternativa — cuando están solos, cuando la mujer/pareja está enferma o la mujer/madre de niñ@s, jóvenes o ancian@s que viven en casa, y cuando ella trabaja de noche y l@s niñ@s deben ser atendidos. Si la mujer se hace presente, él suele volver al estado de poca actividad previa a su ausencia.
- Investigaciones hechas exclusivamente sobre parejas cuyos dos integrantes realizan trabajos remunerados en el ámbito público –en las que, según las expectativas sociales, los varones deberían colaborar más– no muestran que estos varones aumenten sustancialmente su trabajo doméstico en relación a aquellos en que su pareja es sólo ama de casa. Los cambios que se han encontrado no son tanto la mayor participación masculina (que la hay en poca medida), sino la disminución de la participación femenina, que se vuelve más práctica y menos cuidadosa de la casa. Además, en estas parejas, generalmente aumenta la participación de las hijas y de personal remunerado, en mayor medida que la participación masculina. Otras investigaciones muestran que por cada hora que la mujer trabaja fuera, el varón incrementa su trabajo dentro del hogar en 5´.
- Finalmente, en cuanto a los cambios masculinos en la participación en lo doméstico, en los últimos años algo se está produciendo (Weltzer y Filoud, 1992) y lo vemos a nuestro

alrededor: los varones cocinan, a veces limpian, hacen la compra –más cuando se jubilan–, llevan a l@s niñ@s al colegio, los fines de semana juegan con ell@s, participan en el nacimiento, cambian pañales, y poco más. Pero estos cambios se realizan más a partir de que los varones conforman una pareja estable, ya que los varones jóvenes que viven en el hogar de sus padres tienen una participación irrelevante. Y este cambio, como comentábamos previamente, depende más del nivel económico de la mujer y su capacidad/intención de proponer cambios, que de la educación o la edad del varón.

Los datos que hemos enumerado son concluyentes y muestran algo que las mujeres saben y padecen sin hacer profundas investigaciones: pese a los reclamos femeninos de igualdad, los varones siguen teniendo en lo doméstico una pequeña participación. Al igual que en relación a la reacción de los varones ante los cambios de las mujeres en otros ámbitos (Bonino, 1998b), en lo doméstico –también– los varones que reaccionan igualitariamente son un grupo minoritario. Ante estas conclusiones, como personas interesadas en la igualdad no podemos obviar la pregunta: ¿por qué?

¿Por qué el intercambio cooperativo en lo doméstico, desde una óptica igualitaria de búsqueda de bienestar compartido y una ética de la justicia y el respeto de género, es tan poco frecuente? ¿Por qué la innovación y el cambio progresista en el hogar son minoritarios entre los varones? ¿Por qué la mayoría de los varones son tan poco receptivos a los reclamos femeninos igualitarios en lo doméstico? ¿Por qué, pese a que incluso muchos proclaman verbalmente el valor de la igualdad, son tan pocos los que en la práctica son coherentes con dicho discurso y toman la iniciativa para transformar sus comportamientos desigualitarios?

No he podido encontrar en la bibliografía que consulté ninguna investigación sobre las respuestas de los propios varones a estas cuestiones, la respuesta a la pregunta por “sus razones” para mantenerse en la desigualdad en ámbitos específicos como el doméstico, o globalmente. Existen, en cambio, muchos esfuerzos teóricos que intentan responder las preguntas anteriores. La mayoría de ellos se ha dedicado a analizar los “obstáculos” y las “dificultades” de los varones que justifican que los cambios masculinos sean tan lentos (excelente revisión de estos esfuerzos en McMahon, 1999). Existen algunos empeños que, sin desjerarquizar las dificultades, enfatizan la existencia de otras variables que pueden explicar dicha lentitud (Hochschild, 1989; Delphy & Leonard 1992; Jonnasdóttir 1993; Murillo 1996; Bourdieu 1998; McMahon 1999). La lectura de los autores que representan esta última línea de esfuerzos –a la que me sumo– y las reflexiones que me han sugerido, han motivado en gran parte este artículo.

El discurso optimista sobre el cambio masculino

El quehacer en lo doméstico es probablemente uno de los temas sobre los que más se ha escrito y hablado sobre varones y cambio –sobre todo aludiendo a la paternidad– y es probablemente, junto con la sexualidad, el campo en la vida de los varones que, en los países desarrollados, el cambio más ha sido deseado, anticipado y reportado. Tanto que ya en los años 60 comenzó a hablarse del fenómeno de la *puerta giratoria*. Con este término se designaba una hipótesis optimista que enunciaba que en la medida que las mujeres salieran a trabajar fuera del hogar, los varones, más aliviados en su rol tradicional de proveedores, irían entrando al hogar (Young & Willmott, 1957). Cuarenta años después, y como hemos visto, los datos actuales no están corroborando dicha hipótesis: pese a la masiva salida de las mujeres a trabajar fuera del hogar, pocos varones están entrando (para trabajar) al hogar. La paridad en el hogar parece incluso más difícil de conseguir que en otros ámbitos, como el laboral y el político, donde las leyes han logrado que los varones vayan teniendo que aceptar la igualdad con las mujeres (Sineau, 1999).

Pese a lo que indica la información referida previamente, hace ya bastantes años ha surgido en los países desarrollados una serie de discursos sociales (académicos y populares) que dicen algo muy distinto, y que muchos varones rápidamente están haciendo propios. Estos discursos interpretan los lentos y pequeños cambios masculinos como prueba del “Cambio” con mayúsculas, dando por garantizado que la “familia simétrica” será muy pronto una realidad mayoritaria. Formando parte de una *retórica del optimismo*

gradualista" (McMahon, 1999), una importante función de estos discursos ha sido la construcción y difusión de una tipología de "nuevos" varones que indica que el cambio ya se está haciendo presente entre los varones y que a su vez deriva en la construcción de modelos/mitos que indican/prescriben el camino masculino hacia el cambio. El *Nuevo Varón Sensible* es uno de ellos: presentado como progresista, legitima el lado "femenino" de los varones (entendido como emocional y receptivo), con el que estaría en condiciones de ingresar al mundo de lo doméstico (calificado de femenino). Otro modelo es el del *Nuevo Padre*, que encarna lo más optimista que se enuncia en los discursos modernos sobre el cambio masculino. Este modelo presenta a un varón que, conservando la autoridad masculina, puede ligarse emocionalmente a sus hij@s, dedicarse a ell@s, poseyendo por ello todas las habilidades necesarias para su atención. Un tercer modelo es el del *Varón Familiar*, que representa a aquellos varones quienes, desencantados de la vida laboral productora de tensiones deshumanizantes, ya no escapan del hogar sino valoran pasar más tiempo en casa.

Más allá que en determinados varones o grupos selectivos de varones estos modelos reflejen aproximadamente sus prácticas –y ya veremos más detalladamente en qué consisten estas prácticas–, la retórica optimista ha surgido no tanto por la proliferación de estos "nuevos" varones, sino por una serie de operaciones mediáticas sobre el imaginario social, basadas más en la autoglorificación masculina, los deseos femeninos, la necesidad de "aggiornamento" del patriarcado, o las necesidades del mercado, que en los datos de la realidad que muestran que, pese a los discursos, la familia simétrica es aún una excepción.

Las dificultades y obstáculos para el cambio masculino

A diferencia del discurso optimista, otros discursos de la Sociología y la Psicología se han desarrollado, reconociendo la poca magnitud de la participación de los varones en lo doméstico y la lentitud del cambio masculino hacia una mayor participación. Un mayoritario grupo de estos discursos se ha centrado en explicar *los obstáculos, dificultades o fallos* que impiden a los varones su mayor implicación. Todos jerarquizan una serie de factores, algunos ajenos a los varones, otros enraizados en su mente, que obstruyen el camino hacia el cambio. De allí la lentitud masculina.

Por su difusión social, al menos cinco de estos discursos, que proponen explicaciones psicosociales o socioculturales, merecen ser destacados:

- *La retórica de la conformación del mercado de trabajo*: según ésta, la poca participación masculina estaría dada por el poco tiempo del que el varón dispone, debido a la rigidez horaria de los trabajos que lo lleva a estar una gran cantidad de horas fuera de casa, así como por el hecho de que tenga generalmente mejores salarios. Esto último llevaría a que en general la pareja decida conjuntamente que el tiempo de él es más rentable para los dos trabajando él y por tanto ella queda en casa, asumiendo ambos, y por consenso, los roles de proveedor/ama de casa. Esta retórica está en la base de muchas políticas de igualdad europeas para implicar a los varones, y que buscan hacerlo sobre todo en relación al cuidado de l@s niñ@s, más que en el trabajo doméstico.
- *La retórica del mundo simbólico y de los roles*: aquí la explicación se basa en la fuerza de los imaginarios sociales y de los roles preestablecidos en cuanto a los lugares sociales para mujeres y varones, muy difíciles de modificar en los cortos plazos, y que prescriben para el varón la realización de su identidad social en el espacio público por fuera de lo doméstico.
- *La retórica de la confusión masculina*: según este discurso, al varón le resultaría muy difícil cambiar debido a su desconcierto y/o parálisis frente al conflicto entre las nuevas y viejas demandas, roles y expectativas sociales y femeninas, y ante la rapidez de los cambios de las mujeres, que él no ha podido asimilar.
- *La retórica de la psiquis masculina defensiva y frágil*: este discurso es en muchos ámbitos la "verdadera" explicación de la ausencia del varón en el mundo del cuidado y, derivado de ello, de lo doméstico. Se basa en las hipótesis de psicoanalistas, tales como Chodorow (1978) o Benjamín (1996), que sustentan el fracaso de los varones en el cuidado y la cercanía emocional, en el modo particular de construcción de la identidad

masculina por repudio defensivo de lo femenino. Según dichas hipótesis, la separación traumática de la madre –primera figura de apego– por necesidad de desidentificación con ella para ser varón, el conflictivo deseo/rechazo hacia la figura maternal y la falta de la figura paterna provocan en el varón un rechazo de lo femenino y maternal, y una actitud defensiva que lo lleva a temer la intimidad e intentar dominar a las mujeres para controlarlas, porque se viven como amenazantes. Como consecuencia de esto, existe un déficit de habilidades masculinas para el cuidado –vivido como femenino y por tanto rechazado–, una dificultad para descubrir y expresar sus necesidades e incluso una facilitación hacia la violencia. La falta de motivación para el ingreso al mundo doméstico, lugar de las mujeres, aparece así claramente justificado. Esta situación podría ser diferente si estuviera presente el padre, que permitiría un juego de identificaciones más flexible y menos defensivo ante las mujeres, al haber dos figuras de referencia.

- Finalmente, *la retórica de la mujer como obstáculo*, que está centrada en atribuir las razones del no-cambio masculino a la defensa femenina del espacio doméstico como propio, la inhabilidad de utilizar su “mano izquierda” para “convencer” al varón, y el no cuestionamiento femenino de su obligación doméstica.

Como todo discurso, los aquí nombrados definen la realidad de una determinada manera y al hacerlo la recortan/producen invisibilizando otros aspectos. Y en esta definición que proponen estos discursos lo que queda invisibilizado son dos aspectos fundamentales para entender lo que pasa en la relación entre los varones y lo doméstico: qué lugar ocupa en la vida de las mujeres y los varones lo doméstico y qué tipo de particular actividad allí se produce. Develados, pueden permitir redefiniciones de lo definido y la aparición de otras razones que expliquen la poca participación masculina en lo doméstico. Y para hacer esto, la investigación feminista que ha revisado el mundo de lo privado es imprescindible.

Develando la complejidad del ámbito doméstico

Los conocimientos surgidos de algunos estudios críticos de las relaciones de género (Hochschild, 1989; Delphy & Leonard, 1992; Jonnasdóttir, 1993; Murillo, 1996; Burin y Meler, 1998) permiten iluminar mucho de lo oculto en lo doméstico, al introducir los siguientes seis enunciados y sus correlatos, ignorados en los discursos anteriores:

1. ***La mujer es construida socialmente como sujeto en menos.*** El patriarcado como sistema de dominación masculina, ha colocado solamente a los varones como sujetos de la historia: iguales entre sí, dignos de ser protagonistas, sujetos en más, importantes y destinados a lo importante. La mujer, “otra” del varón, queda por el contrario colocada solamente como digna de ocupar un lugar idealizado o subordinado –santa o puta–, pero sujeto en menos, menos persona, menos igual, y menos digna de acceder a “lo importante”. Y eso aun hoy la condena a ser sujeto de menos derechos, a estar excluida de las cosas “serias” y destinada a funciones menos “importantes”. Y lo doméstico es una de esas cosas poco importantes.
2. ***Lo doméstico es un trabajo, invisibilizado como tal.*** Socialmente, lo que se realiza en el ámbito doméstico no es reconocido como un trabajo. Cuando se reconoce algún aspecto de él, se lo minimiza, atribuyéndolo no al esfuerzo sino a las habilidades naturales de las mujeres. Esto favorece su no valoración y correlativamente el esfuerzo de quien habitualmente lo realiza, la mujer.

Pero lo allí realizado es un trabajo, en tanto es un conjunto de actividades destinadas a producir bienes y servicios orientados al mantenimiento y desarrollo físico, psíquico y social de los convivientes. Y no se trata sólo de tareas de mantenimiento del hogar y de cuidado de personas: es un trabajo de producción y desarrollo de personas y relaciones.

El no reconocimiento de la existencia, complejidad y esfuerzo de este trabajo, permite una serie de confusiones e indiscriminaciones entre algunos conceptos relacionados con dicho quehacer y que juegan en detrimento de la visibilización de su

complejidad. Estas mezclas de conceptos están en el núcleo de la visión optimista sobre los cambios masculinos que hemos descrito previamente, y se juegan entre ambos términos de un grupo de pares que es necesario distinguir sin confundirlos, para entender mejor lo que pasa en el hogar. Estos pares son los siguientes:

- a) Trabajo doméstico/trabajo en lo público (llamados también reproductivo y productivo). En cuanto al trabajo en el ámbito público, es muy claro para tod@s en qué consiste: tareas, esfuerzo acotado, condiciones de desempeño, producción, salario, horarios, claramente adscrito a un lugar diferente al de descanso, y en el que se puede hacer carrera. El doméstico, en cambio, no se ciñe a estos patrones: es un trabajo de esfuerzo pluridimensional, rutinario, continuado, sin horarios, condiciones de desempeño, salarios ni vacaciones, que no está separado de donde se vive, que no puntúa para ningún curriculum y del que suele verse sólo su cara superficial: las tareas domésticas que son las que las mujeres claman por repartir. Sin embargo, aunque pesadas, no son éstas la parte del trabajo doméstico que más consumen energía y tiempo a las mujeres.
- b) Cuidado del hogar/cuidado de las personas y los vínculos. Son dos aspectos diferentes del trabajo doméstico. El primero apunta más a lo referente al cuidado material, más visible, y el segundo es el menos reconocido como tal, aun por muchas mujeres, y el que genera más esfuerzo existencial a quien lo realiza. Es el llamado "trabajo emocional", en el que las mujeres emplean el "poder del amor" produciendo y manteniendo el bienestar de los miembros de la familia, a través del seguimiento, el entendimiento, la ternura o el reaseguramiento. Proveer cuidados supone estar atent@s a las necesidades de las demás personas para satisfacerlas y lograr brindarles bienestar y para ello la constante observación es la regla. Preparar una comida puede ser un ejemplo del primer término del par, pero hacerlo teniendo en cuenta los gustos, el cuidado de la salud de la otra persona, el hacer sentir bien atendiendo al modo de servir la comida, el crear un clima que permita una buena digestión, es un ejemplo del segundo y muestra todo lo que está en juego en este trabajo. Para hacerlo se requiere una disponibilidad tal, que disminuye enormemente la posibilidad de tener privacidad y guardar energía para el desarrollo del propio cuidado y crecimiento (Murillo, 1996). Éste es el servicio del que los varones jóvenes, adultos y viejos son beneficiarios sin reconocerlo, y en él las mujeres no son recíprocamente satisfechas. También dentro de este trabajo no reconocido se encuentra el de mantener la integridad y los vínculos familiares, así como la conservación de las relaciones de parentesco con la generación actual y las precedentes.

Cabe aclarar que tomar al cuidado como forma de trabajo no es algo que aún se acepte fácilmente, incluso en las ciencias psicosociales, porque atenta contra las creencias de que las mujeres cuidan en nombre del amor. Pero no todo es amor, como muestra el siguiente par.
- c) Cuidado afectuoso/atención obligatoria. Pensar en el trabajo de cuidado hace pensar habitualmente que el afecto está siempre de por medio. Pero esto no es así. De hecho, el varón lo espera aunque el afecto no esté presente. Por la condensación de los dos términos de este par, el cuidado se transforma en una obligación de servicio que debe ser hecho, y la ideología del amor esconde esto.
- d) Cuidado de niños pequeños y ancianos no autosuficientes/cuidado de jóvenes y adultos. Lo que alienta la indiscriminación de estos dos conceptos es suponer que el trabajo doméstico implica cuidar a todos por igual, permitiendo que los varones adultos y jóvenes –que podrían cuidar de sí y cuidar a otros– se "dejen" cuidar como si no fueran autosuficientes.
- e) Trabajo/tarea. El trabajo doméstico, como todo trabajo, requiere una organización, uso de tiempos, esfuerzos, alguien responsable de hacerlo y mantenerlo, una

finalidad. Pero además es obligatorio, ya que no puede no hacerse. En cambio, las tareas son sólo un elemento de ese trabajo: la ejecución concreta de tal o cual actividad, generalmente las que requieren acción física. Y es el trabajo lo que agota, y no las tareas en sí. Los varones se mueven habitualmente en el estrecho espacio de las tareas, evitando las más desagradables.

- f) Responsabilidad/ayuda. La responsabilidad doméstica supone que hay alguien que tiene la obligación última de su realización, hacerse cargo con las consecuencias que ello implica. La ayuda, en cambio, se define por estar libre de la última responsabilidad, y para serlo debe ser supervisada; por eso no se define como obligatoria, ni rutinaria, sino como electiva, y esto es lo que generalmente hacen los varones. En íntima relación con este par se encuentran otros dos. Uno de ellos es **Responsabilizarse/hacer**: hacer no supone necesariamente responsabilizarse por lo que se hace, y esto es lo que los varones hacen habitualmente. El otro es **Compartir/participar**: compartir supone hacerse cargo conjuntamente de una responsabilidad, acordando qué aspectos de esa responsabilidad se distribuyen entre las personas responsables para su mejor ejecución; en cambio, participar supone diversos grados, y eso es lo que se espera de los varones: más o menos participación. De las mujeres, en cambio, siempre se espera la plena participación, y por ello es lógico que sean las que quieran compartir la responsabilidad que llevan en totalidad.
- g) Simultaneidad/correlatividad. La índole del trabajo doméstico implica una simultaneidad de actividades que difiere mucho del prototipo de trabajador, que se ocupa de una sola cosa por vez, y que es el modo habitual de participación masculina en el hogar. Las investigaciones sobre tiempo utilizado en lo doméstico tienen poco en cuenta esto e infraestiman el esfuerzo femenino que no puede ser medido sólo en tiempo.
- h) Estar/ocuparse. El estar en casa o con otras personas no supone necesariamente trabajar. En cambio, sí implica una actividad ocuparse de la casa o l@s hij@s. Los varones, sobre todo en el segundo caso, consideran muy frecuentemente suficiente como aporte su estar.
- i) Producción/consumo. En el trabajo doméstico, se realizan actividades de producción de elementos para el mantenimiento del hogar y las personas y que proveen un soporte físico y emocional. Los varones son, en el hogar, sobre todo consumidores de esos servicios, y poco productores de ellos.

Revisando los datos de las investigaciones antedichas a la luz de los conceptos discriminados, se puede comprobar que los varones realizan el trabajo doméstico muy acotadamente, ignorando el trabajo de cuidado, esperándolo como atención obligatoria hacia ellos al igual que si fueran niños, estando más que ocupándose, y lo que hacen, lo hacen como típicos ayudantes, realizando sólo tareas parciales, de una, en lugar de co-responsables co-laboradores, aumentando o disminuyendo su participación en función de múltiples circunstancias. Muchas veces, incluso, el único aporte de él es apoyarla moralmente a ella en su trabajo afuera, sin intentar aliviar nada de su trabajo en casa. Si estas cuestiones quedan invisibilizadas, que exista ayuda es prueba suficiente de que los varones "comparten", y éste es el punto de vista de los discursos optimistas. Se devalúa así el sentido de compartir y el esfuerzo de la responsabilización.

3. ***El trabajo doméstico se deshistoriza, adjudicándose a las mujeres.*** Este trabajo, en su forma y distribución actual, no es un hecho dado por naturaleza en la relación entre varones y mujeres, sino que tiene una construcción sociohistórica: la división genérica del trabajo, por la cual el patriarcado ha asignado hace varios milenios espacios y funciones sociales diferentes y desiguales a ambos géneros: a los varones

(como grupo dominante) lo público y la ciudadanía, y a las mujeres (como grupo subordinado) lo doméstico y lo que allí se realiza, descrito además como poco importante. En los últimos siglos, varios elementos agregados dan el toque final a la “naturalización” del trabajo doméstico como femenino: la ideología de la domesticidad, configurada hace pocos siglos y que prohíbe a las mujeres salir a trabajar; la revolución industrial que favorece la salida del varón del hogar; la institucionalización del “instinto” maternal y el trabajo por amor, y la esencialización del cuidado femenino. El resultado: el encierro a las mujeres en el hogar para que realicen “sus labores” (así se nombra en España al trabajo doméstico), que se tornan en algo devaluado e inadecuado para ellos, quedando así libres de su realización. Y si ellas trabajan en el ámbito público, la responsabilidad última de las tareas y su obligatoriedad sigue siendo femenina –ya que ellos, como ayudantes siempre pueden elegir hacer o no hacer–, así como el trabajo de cuidar el desarrollo de las personas y de los vínculos que muchos varones disfrutaban pero no reconocen ni saben hacer.

4. ***Existe un aprovechamiento masculino del trabajo doméstico.*** Al no reconocer, al naturalizar o simplificar el trabajo doméstico, se encubre la desigualdad que en él se genera y perpetúa. Y ésta no consiste solamente en la carga diferencial de trabajo desfavorable para la mujer. En lo doméstico, la mayoría de los varones no sólo hacen menos que las mujeres (dato cuantitativo), sino que el no hacer lo hacen a costa de ella, aprovechándose del trabajo femenino (dato cualitativo), que es utilizado a su beneficio, tanto que ellos mismos, como personas, son construidos como varones “independientes” en ese trabajo (Jonnasdóttir, 1993). El beneficio y el aprovechamiento es doble: en el hogar hacen menos y usufructúan el trabajo femenino, y en lo público están libres de las preocupaciones “hogareñas” que les permiten destinar todas sus energías existenciales en sí mismos. Y todo esto se realiza ignorando o descalificando el esfuerzo femenino, tanto que para muchos varones el mantenimiento del hogar es algo que “aparece” hecho, como si no tuviera hacedora. Además, al no hacer se impone a la mujer, por omisión, el trabajo que no puede no ser hecho. Las mujeres en cambio, realizan constantemente un sobreesfuerzo existencial “obligatorio” que ellos no realizan, que en las mujeres que trabajan remuneradamente genera la producción de la “doble jornada” y la instauración del restrictivo dilema de “casa o familia” que no se les presenta a los varones (Covas, 1997).
5. ***La relación domesticidad–salud mental–violencia es altamente significativa.*** La sobrecarga psicofísica que representa el trabajo doméstico es una fuente frecuentísima de trastorno psicológico para las mujeres (Doyal, 1996). Además, la falta de participación de los varones en el trabajo doméstico genera una importante insatisfacción femenina, disensiones, conflictos y disputas. No es infrecuente que algunos varones diriman el cuestionamiento que se les hace a su falta de participación, con el ejercicio de diversos tipos de violencia (diversas investigaciones muestran que el conflicto por el trabajo doméstico está en la base de al menos el 30% de los casos de violencia doméstica).
6. ***La exclusividad femenina del trabajo doméstico está en cuestión.*** Es una novedad histórica muy reciente que el trabajo doméstico, que siempre ha sido adjudicado a las mujeres, comience a deslegitimarse socialmente como único y propio de la mujer. Años atrás, esta situación se legitimaba en consonancia con la distribución tradicional de roles proveedor/ama de casa. Pero en estos tiempos, donde ya no es sólo el varón el que aporta todo el ingreso económico (en España, sólo el 40% de los hogares viven con el ingreso único del varón), esta situación comienza a verse como ilegítima e injusta. En este proceso de deslegitimación, están siendo fundamentales los discursos del feminismo y de la igualdad, que cuestionan la división patriarcal del trabajo.

Una vez enumerados estos seis enunciados, podemos preguntarnos: ¿qué lugar ocupan en los discursos de la dificultad masculina para el cambio? Casi ninguno. Además, dichos

enunciados y sus correlatos permiten el develamiento de una serie de ventajas y beneficios que a los varones el no cambiar les permite, y desde este punto de vista la única dificultad que surge claramente a la luz para ellos es la deslegitimación de su no involucración en lo doméstico, y ante ella, los varones no permanecen neutrales.

LAS RESISTENCIAS MASCULINAS AL CAMBIO

Desde una comprensión crítica de las relaciones de género, la poca participación masculina en lo doméstico y la lentitud de los cambios de los varones hacia la paridad doméstica pueden ser entendidas como un prolongado éxito del trabajo de resistencia masculina ante la igualdad en lo doméstico, más que como dificultades u obstáculos. Esta perspectiva puede permitir poner como objeto de investigación, ya no los factores externos o los avatares de la subjetividad que actúan como “obstáculos” al cambio, sino dicha resistencia y las razones de su persistencia pese a los discursos sociales sobre la igualdad. Observar los “para qué” más que los “por qué”.

Es innegable que si la mayoría de los varones no se corresponsabilizan del trabajo doméstico, mantienen –lo quieran/digan o no– una desigualdad, y más si las mujeres trabajan fuera del hogar. Si se desea entender las razones de esta posición masculina, resulta necesario preguntarse por las motivaciones masculinas para el mantenimiento de esa desigualdad y no–cambio, por los intereses que defienden los varones resistiéndose al cambio y por los modos con que continúan produciendo y perpetuando la desigualdad en lo cotidiano.

Al enumerar estas cuestiones estamos interrogándonos, sin haberlo nombrado, sobre el poder masculino y sus estrategias. Y por ello aludimos a intereses y no sólo a motivaciones: aunque puede resultar extraño refiriéndose a vínculos personales, es imprescindible hacerlo, puesto que la desigualdad siempre va de la mano de la satisfacción y defensa de intereses de unos (los varones como grupo) por sobre la de otros (las mujeres como grupo). Sin hablar de ellos, referirse al poder o a la dominación masculina desde una perspectiva de género puede transformarse en una retórica vacía. Desde este punto de vista, el éxito de la resistencia al cambio en lo doméstico puede ser entendido como una defensa exitosa de intereses masculinos, y éstos pueden ser mejor apreciados si pensamos en los derechos que la cultura adjudica a los varones.

Derechos “masculinos” y motivaciones para el no–cambio

Numerosas investigaciones muestran que no se percibe en los varones la motivación para realizar el trabajo doméstico ni el deseo de propio cambio en lo doméstico (McMahon, 1999). Mayoritariamente, el cambio es propuesto por las mujeres y ellos “a desgana” aceptan intentarlo, aunque generalmente luego de un prolongado forcejeo la mujer abandona resignadamente el reclamo. Ellas saben con cuánta frecuencia la renuncia al reclamo de compartir es debida a que es más trabajoso y doloroso pelearse que hacer el trabajo doméstico. Incluso cuando el varón participa como ayuda, su modo de hacerlo lo convierte en interferencia para el trabajo organizado de la mujer, agravando y no aliviando el esfuerzo. Desde la perspectiva de género que estamos utilizando, esta falta de motivación masculina puede comprenderse como derivada de la defensa de los propios intereses, que promueve en los varones motivaciones en otra dirección: la de seguir igual, sin realizar cambios.

No es difícil de entender que asentarse en el no–cambio supone hacerlo también en el statu quo. Y este statu quo es la actual división genérica del trabajo. Los varones parecen soportar bien esta división –de hecho, no reivindican casi nunca su transformación– y parecen encontrarse bien en ella, por lo que podemos suponer están interesados (no siempre conscientemente) en conservar los beneficios que esta división les brinda y por ello no están preocupados por cambiar la situación. Y estos beneficios que con su poca participación en lo doméstico los varones mantienen y monopolizan son una serie de *derechos y ventajas materiales, sociales y emocionales* que la división genérica del trabajo

les da por garantizados. Estos derechos, que pensamos son los intereses que los varones defienden, son varios y todos interrelacionados:

- Derecho a la libertad en el uso y disponibilidad del tiempo personal.
- Derecho al ocio y al tiempo libre.
- Derecho a la privacidad, reservándose para sí y acumulando fuerzas existenciales donadas por las mujeres.
- Derecho a la libertad de movimientos sin control por parte de su pareja.
- Derecho a tener las necesidades personales satisfechas por otra persona que se supone a disposición.
- Derecho a ser servido y cuidado.
- Derecho a beneficiarse del trabajo gratuito de quien se ocupa de lo doméstico.

Algunos de estos derechos son relativos a la privacidad, derecho propio de toda persona, y otros son derechos de utilización sobre las mujeres, que no incluyen reciprocidad y por ello injustos. La sociedad aún legitima y naturaliza todos estos derechos, como derechos “masculinos” y no “femeninos”, no existiendo sanciones sociales para su uso monopólico. Incluso su no ejercicio por parte de algún varón lleva a definirlo en determinados ambientes como “poco hombre”, “dominado” por su pareja. Como consecuencia de esto, los varones aprenden a percibir su “derecho natural” a estos derechos, sintiéndose legitimados para oponerse a todo lo que a ellos resulte obstáculo. Y el trabajo doméstico –que es vivido como ajeno- es uno de esos obstáculos.

La legitimación social, la autolegitimación y el ejercicio cotidiano de estos derechos permiten institucionalizar la *libertad masculina* en cuanto a la responsabilización del trabajo doméstico y especialmente el del cuidado a las personas. Desde este lugar de desresponsabilización se da por garantizado que los varones puedan realizar algunas tareas como “concesión” (la ayuda) que merece ser aplaudida porque es expresión de “sacrificio” (de derechos). Por eso, generalmente y cuando la hay, la ayuda masculina está condicionada a que no interfiera con el trabajo remunerado, el descanso o las actividades de deporte/ocio.

El problema con el ejercicio de estos derechos es que son ejercidos a monopolio masculino y sin reciprocidad, y por ello se transforman en privilegios, prerrogativas y ventajas. Este modo de ejercicio permite a los varones dedicarse sin trabas al cultivo de la privacidad, al trabajo, el ocio y cualquier actividad pública, utilizando toda su energía existencial, al no gastarla en el hogar (Murillo, 1996), aprovechándose además de la fuerza vital entregada por las mujeres de buena fe a la relación. Esta ventaja y aprovechamiento se hace aún mayor en las parejas donde ambos trabajan fuera, y en ellas el antiguo argumento que estas ventajas estaban compensadas por las desventajas del cumplimiento del rol de “proveedor” ya no sirve de justificación, pese a que muchos varones lo siguen usando.

Las mujeres, en cambio, sufren con este ejercicio monopólico desventajas y desigualdad porque no están legitimadas para utilizarlos, porque los varones los ejercen a costa de minusvalorar sus intereses y deseos en tanto autónomas, y porque derivan en la imposición de una sobrecarga por omisión masculina del trabajo doméstico.

Cualquier cambio hacia la paridad en el trabajo doméstico no podrá realizarse si los varones no acceden a renunciar a su monopolización de los derechos a la privacidad y a transformar en recíprocos los derechos utilitarios — es decir, a democratizar su utilización. Esto supone una pérdida de prerrogativas y ventajas en terrenos muy concretos de su existencia, ya que lo que se pone en juego concierne en gran parte a la utilización, distribución o redistribución de bienes escasos y limitados: el tiempo personal y la energía vital que hay que decidir dónde utilizar. Esta cuestión se hace muy evidente, por ejemplo, en la monopolización del derecho al uso del tiempo libre, que es utilizado a costa del de la mujer obligándola, por omisión, a hacer lo que no puede no ser hecho para seguir viviendo (mantenimiento del hogar, cuidado de las personas): el único modo en que ellas podrían acceder a ejercitar su derecho a dicho tiempo (que por otra parte es el que habitualmente se dedica a la “recreación de sí”), es que él haga parte de lo que ella está haciendo de más,

lo que implica no sólo la corresponsabilización, sino también ser recíproco en el cuidado, al donar parte de su tiempo para que ella pueda disfrutar el suyo.

Y esto no es fácil, porque para ello es necesario que los varones reconozcan su situación privilegiada. Como sucede con todas las prerrogativas de los grupos dominantes en una sociedad, estos derechos de uso exclusivo no son siempre visibles para los propios varones (como grupo dominante), pues al ser siempre ejercidos se perciben como "naturales". Esta falta de percepción de los privilegios lleva en los grupos dominantes a diversos efectos, tales como ser muy sensibles a los propios problemas mientras se minusvalora el sufrimiento producido a los grupos dominados, quejarse de la propia responsabilidad ignorando o descalificando la del subordinado, aprovecharse de las capacidades y asignaciones sociales de los subordinados, la desresponsabilización de la desigualdad atribuyendo dicha responsabilidad a los mismos subordinados (Saez Buenaventura, 1990; Kimmel, 1998)). Y todo esto les pasa a los varones con lo doméstico, de lo que deriva otra de las razones para su falta de motivación para el cambio: no se percibe su necesidad. "Yo tengo bastante con mi parte", "no es para tanto", "ella siempre se queja", "es tu tarea", son algunas de las frases que revelan esta percepción.

Cuando la invisibilidad para sí mismos del uso monopólico de derechos es puesta en cuestión, es cuando los varones se ponen a la defensiva o se enojan porque sienten que se les arranca de esa invisibilidad, desnaturalizando su comportamiento y criticando lo dado: situación frecuente ésta cuando se les muestra estadísticas o se les pone en contacto con las consecuencias para otr@s del ejercicio de estas prerrogativas.

Si tenemos en cuenta que los intereses masculinos representados en el ejercicio de estos derechos están mejor cubiertos con la actual división del trabajo doméstico, la resistencia al cambio no es difícil de entender. Cabe aclarar que cuando hablamos de resistencia, hablamos de una oposición, un mantenimiento activo de una posición: la de beneficiario de esos derechos y por tanto resistente a renunciar a ellos. Resistencia al cambio que no es otra cosa que defensa del statu quo y trabajo de perpetuación de lo dado.

Qué duda cabe que actualmente los varones defienden exitosamente –consciente, inconscientemente, o con la "naturalidad" de su actuar– el statu quo, inscripto en los derechos "masculinos". De ello es prueba el prolongado triunfo del no hacer masculino en lo doméstico que comentamos previamente.

Desde este punto de vista, es la habilidad masculina para que la oposición resulte ganadora, lo que hay que estudiar más profundamente. Y para ello queda abierto a la investigación el gran capítulo de las estrategias de poder masculino en lo cotidiano –los micromachismos utilitarios (Bonino, 1998a)–, muchas de las cuales giran alrededor de la negativa a renunciar a una porción de su tiempo mental y de actividades y ofrecerlo en pro de una convivencia paritaria.

Pero no son solamente los intereses interpersonales, como el ejercicio de los derechos "masculinos", los que están en juego en esta resistencia de los varones a la paridad, sino existen otros, intrasubjetivos: los *intereses narcisistas* (Bonino, 2000) que no serán abordados en este artículo, pero que consisten en el deseo de mantener una adecuada y valiosa representación de sí ante sí mismo y ante los demás, el sentirse valioso ante su propia mirada y ante la mirada ajena. Y este valor, en los varones está muy basado en percibirse como fieles cumplidores de los ideales-mandatos que la masculinidad tradicional propone a los varones. Entre estos mandatos –inscriptos por la socialización en la mente masculina–, los de la autosuficiencia y el ser más importantes que las mujeres a quienes se debe tener a disponibilidad cobran gran relieve, y lo que va en contra de ellos es evitado porque supone inadecuación varonil o incluso feminización. Cumplir estos mandatos es una gran fuente de motivación para el quehacer masculino, y de ellos deriva también el culto a la libertad masculina y el no implicarse en algo tan "poco importante" y "femenino" como el trabajo doméstico. De allí que resistirse a entrar en lo doméstico es también defender la propia imagen, la posición social y la identidad como la de "todo un hombre", que no tiene interés en dedicarse a tareas "subalternas", y al hacerlo defiende su propia idea de sí como valioso.

Vemos entonces que las defensas de intereses interpersonales e intrasubjetivos se alían para provocar una oposición resistencial masculina que logra que los varones todavía sigan

casi ausentes del trabajo doméstico y se acomodan a pensar que priorizar su libertad en lo público y privado es lo suyo, que los trabajos domésticos no les correspondan porque son "inferiores", no importantes o humillantes, y que es normal que las mujeres les donen su esfuerzo para que ellos estén más libres. Mientras estas defensas sean triunfantes, la igualdad doméstica será difícil de lograr. Y un primer paso para desmontarlas debe ser, al menos, visibilizarlas.

Redefiniendo los discursos del optimismo y de las dificultades masculinas

Si para entender el poco cambio de los varones en su ingreso al mundo doméstico comenzamos a hablar de resistencias destinadas a conservar derechos y ventajas, y si hablamos del varón como actor, interesadamente activo en el mantenimiento de una posición privilegiada, las retóricas del optimismo y la dificultades masculinas que hemos descrito previamente pueden ser observadas desde otra dimensión: no sólo como enunciadoras de logros o problemáticas existentes –que lo son–, sino también como discursos invisibilizadores y justificadoras del no cambio y como aliadas de la resistencia al cambio. Pensadas así, muchas de ellas –al menos su instrumentación académico/popular– no dejan de ser actualizaciones de la tendencia masculina a autoelogiarse y de viejos conceptos patriarcales sobre la inocencia masculina en la producción de desigualdad que se atribuye a deficiencias de las mujeres o al patriarcado, considerado como algo ajeno a las personas, colocando así a los varones como sujetos pasivos frente a los obstáculos, o condenados al no-cambio debido a sus particularidades psíquicas (McMahon, 1999).

Bajo este punto de vista, se puede observar nuevamente y con más detenimiento las retóricas mencionadas.

- Comenzando por *la retórica optimista*. Además de lo enunciado anteriormente en relación a su apoyatura en la autoglorificación masculina y las necesidades del mercado, es importante develar lo oculto en los modelos de nuevo varón que este discurso construye, ya que ellos proponen ideales de varón que no dejan de conservar sus prerrogativas, que quedan encubiertas por sus cambios:
 - a) El modelo del *varón sensible*: En su aceptación de lo "femenino" no está implicado realmente que esté más cerca de la igualdad con las mujeres (y por tanto del quehacer doméstico). Este modelo permite al varón ir en una dirección que puede ser catalogada por algunos como "femenina", pero que poco tiene que ver con la igualdad, y sí con una nueva categorización de masculinidades. En realidad, el varón sensible se aleja del viejo varón estoico devaluado y asciende de status, acercándose a la posmodernidad y convirtiéndose en el nuevo varón consumidor, afecto a la moda, la cosmética, la decoración y la diversidad (hábitos llamados "femeninos"). Tenemos así un modelo mayormente narcisista, al que seguramente es más fácil convencer que se ocupe de su apariencia, a que se corresponsabilice en su hogar.
 - b) El *modelo de nuevo padre*: Autopromovido mayoritariamente por los propios varones, plantea por su parte un deslizamiento discursivo por el cual se da por sentado que si se ama a l@s hij@s, hay corresponsabilización en su crianza; que el afecto alcanza como prueba de habilidad en el cuidado, y que de ésta se deriva dedicación. Sin embargo, como hemos visto anteriormente, los padres se ocupan de aspectos específicos de la crianza: mucho más el estar "con" que el hacer "por" l@s hij@s, participando especialmente en las actividades placenteras o muy específicas, algunas de las cuales se sobredimensionan y se ejecutan como rituales en los que se concentra "lo emocional" (especialmente asistir al parto, cambiar pañales, dar el baño vespertino, dar el biberón y acompañar a dormir) (Hood, 1993). La rutina de la crianza, que aumenta notablemente el trabajo doméstico, sigue estando en manos femeninas, de la cual el padre se hace cargo temporalmente cuando la mujer está exhausta, actuando como relevo de emergencia. En su aporte al resto del trabajo doméstico sigue sin haber

cambios significativos. Es decir, toma lo placentero del trabajo de crianza y deja en manos femenina la rutina, y de esto es de lo que las mujeres se quejan frecuentemente al escuchar el discurso de los nuevos padres. No es infrecuente que esta rejerarquización del rol paterno vaya de la mano de la recuperación del poder de sentirse "experto" educativo y sentirse con el derecho de detectar y criticar severamente las "equivocaciones" maternas.

Es interesante comprobar cómo el privilegio de jugar es transformado por este modelo, de la mano de ciertas teorías psicológicas, en una necesidad del niño que requiere para desarrollar determinada estimulación motriz. Así, esta estimulación que se da en el juego se plantea como parte del aporte fundamental que el padre brinda a su desarrollo, y que las madres no podrían aportar, porque son menos activo/corporales.

- c) El modelo del *varón familiar*, finalmente, representa habitualmente una versión moderna del "reposo del guerrero", que no ayuda al "reposo" ajeno (de su pareja) ni realiza más tareas, sino simplemente permanece, sin ocuparse de demasiadas cosas.
- Y si ahora revisamos las *retóricas de las dificultades masculinas para el cambio* desde la óptica de las resistencias, también podremos visualizar diversos aspectos invisibilizados.
- a) Es indudable que *las condiciones del mercado de trabajo* pueden ser un obstáculo para el ingreso de los varones al mundo doméstico. Sin embargo, los varones que ganan su salario trabajando menos horas habitualmente no trabajan en casa más que los que trabajan más horas, sino generalmente destinan mucho de su tiempo "sobrante" a las actividades de ocio o de formación profesional, sin utilizarlas en lo doméstico. De igual modo se comporta la mayoría de los varones desempleados, que tienen mucho tiempo libre (Popay, 1998). Y en los que pertenecen a parejas de ingresos simétricos, el cambio suele ser la inclusión de personal de servicio pero no el aumento de participación masculina. De hecho, han tenido más éxito para disminuir el agobio femenino frente al trabajo doméstico las políticas de apoyo a las mujeres, que las de intento de involucración masculina.
- b) En cuanto a *la retórica del mundo simbólico y de los roles*, la descripción de la fuerza y la inercia de los imaginarios sociales y los códigos culturales demostrando la potencia de lo dado, presenta el riesgo de dejar de lado la idea de que la construcción de las desigualdades no es algo ya establecido, sino que se sigue construyendo en lo cotidiano concreto. Y en este cotidiano las situaciones se perpetúan o no por medio de diversas estrategias tales como las de mantenimiento del poder en las que la mayoría de los varones son expertos, las de resistencia, en las que las mujeres están ampliando su habilidad, y las de negociación y pacto que son las que las nuevas éticas reclaman.
- c) *La retórica de la confusión masculina*. Es cierto que existe la confusión, expresada sobre todo por varones ambivalentes o progresistas en torno a la igualdad, pero cuando el resultado de esa confusión es siempre permanecer en la alternativa tradicional –y eso es el resultado más frecuente de este estado en los varones–, puede pensarse que dicha confusión puede ser entendida también como parte de una estrategia de dilación ante las presiones de las mujeres.
Por otra parte esta retórica, como las anteriores, plantea sus explicaciones al no-cambio como masculino-privativas, encubriendo que muchas de estas explicaciones serían tan o más válidas para explicar la no involucración en lo doméstico de las mujeres que trabajan fuera del hogar. Y, sin embargo, esas mujeres con poco tiempo disponible, confusas y exigidas en múltiples frentes, se involucran.
- d) *La retórica de la psiquis masculina defensiva y frágil* en realidad apunta a factores presentes cuando se juegan relaciones de intimidad, dando claves para entender algunos aspectos de la problemática del cuidado emocional. Pero utilizarla para explicar la falta de implicación masculina en el trabajo doméstico implica desconocer que en dicho trabajo se mueven otras cosas, tales como el cuidado material o la donación de

servicios, y que los varones pueden involucrarse en lo doméstico cuando no tienen alternativa o les resulta muy placentero. Además, esta retórica no discrimina entre ser sujeto u objeto de cuidados: la evidencia muestra que la implicación que los varones evitan es la de ser sujetos cuidadores, no cuidados. Los varones pueden recibir sin problemas cuidados materiales y no tienen problemas para que las parejas/mujeres actúen como “madres” solícitas. Parece entonces que lo “defensivo” se manifiesta sesgadamente a favor del varón.

Por otra parte, y dado su corte historicista, este discurso deja sin resolver el problema de cómo, desde la tendencia o el deseo de dominar, los varones pasan a ejercer la dominación –lo que es distinto del deseo de ejercerlo– y cómo se obtiene y cómo se mantiene la reticencia al cuidado emocional y material, especialmente en lo rutinario. Tampoco da pistas por dónde pueden comenzar un cambio los varones adultos en relación al trabajo doméstico, ya que la única acción posible desde este discurso es dedicarse al cuidado de la próxima generación, por lo cual la reciprocidad con la pareja en el trabajo emocional y rutinario sigue inexistente.

Un riesgo agregado de la aplicación de las hipótesis psicológicas que apoyan esta retórica es que puede autorizar a hablar de los varones como víctimas, psicológicamente frágiles y en desventaja al ser defensivos y aislados, desconocedores de sus emociones, ya que esto, complementariamente, coloca a las mujeres como menos dañadas, poderosas y aventajadas psicológicamente y conocedoras de sus emociones, cosa que no es cierta. De aquí a la creencia que las mujeres están “naturalmente” dotadas para el cuidado, y que a ellas no les supone ningún esfuerzo, hay un solo paso.

Como alternativa a este discurso parece más sensato pensar que en el campo de lo doméstico los varones no rechazan “lo femenino” devaluado/rechazado que remite a conflictos infantiles, ni tienen conflictos con la cercanía. Lo que rechazan es hacerse cargo del cuidado y las rutinas porque le quitan el disfrute de sus derechos, porque lo viven como ajeno y porque no está dentro de las motivaciones que motorizan su narcisismo masculino. Y para entender las dificultades y resistencias pueden buscarse otras teorías de la psiquis masculina, que no necesitan poner a los varones como víctimas, sino como actores que van construyendo y desconstruyendo su accionar en función de múltiples intereses y motivaciones, entre ellas la del psiquismo funcionando en forma modular-transformacional (Bleichmar, 1997).

- e) Finalmente, en *la retórica de la mujer como obstáculo*, el argumento de la monopolización femenina de lo doméstico justifica muy frecuentemente el poco interés masculino en ingresar a ese mundo: los varones se inhiben muy rápidamente si las mujeres dicen *no*, de modo muy diferente a su desempeño en el mundo público cuando alguien se opone a sus deseos. Por otra parte, las mujeres se resisten no siempre a que los varones participen, sino a que ellos les provoquen más trabajo y no menos al hacer inadecuadamente o a desgana algunas tareas, o a que tomen de lo doméstico lo más agradable y les dejen lo peor. En cuanto a su inhabilidad de “mano izquierda”, esta explicación parte del criterio de que los varones deben ser comprendidos pacientemente y que son naturalmente resistentes, que no pueden cambiar a menos que se les confronte y que cuando quieren algo –en este caso, participar esporádicamente o hacer sólo lo que les agrada– se les debe permitir sin rechistar.

Como vemos, *lo encubierto por estas retóricas gira en torno a lo que los varones hacen activamente y no a lo que sufren pasivamente*. Y al negar la intencionalidad, la responsabilidad y el deseo (o falta de deseo) de cooperación con la mujer de los propios varones, pueden estar transmitiendo la creencia de que ellos deben ser comprendidos y que como el cambio es tan lento y depende de tantas cosas, hay que esperarlos pacientemente (McMahon, 1999). Pueden estar diciendo también que aunque los varones ya no puedan ignorar que la doble jornada femenina existe, se den su tiempo para meterse en el mundo femenino, evitado no sólo por devaluado, sino por trabajoso y poco satisfactor de derechos consagrados.

TRABAJANDO PARA EL CAMBIO

Una lectura comprensiva sobre la problemática de los varones ante la paridad doméstica, que incluya sus dificultades y sus obstáculos pero también sus resistencias, puede brindar un perfil desalentador de la situación actual. Sin embargo, también puede ofrecer una visión realista de lo mucho que aún falta por hacer para el logro de un cambio masculino, caminos por dónde avanzar y herramientas para el cambio.

Esta lectura puede permitir no sólo centrar la observación en el *por qué* estructural o histórico del no-cambio, sino pensar también en el *cómo* y en los *modos de perpetuación* del no-cambio, estando siempre atentos a cómo el dominio masculino se reproduce y se naturaliza en lo cotidiano. Implica jerarquizar no sólo el estudio de la construcción de la subjetividad masculina y del entorno masculino dificultoso y la búsqueda de acciones para su transformación, sino también cómo desconstruir dicha subjetividad y cómo desmontar las estrategias cotidianas de resistencia al cambio, buscando entretanto pistas para entrever cómo y en nombre de qué los varones pueden renunciar al interés de defender sus monopólicos derechos que hasta ahora mantienen con habilidad, para que el cambio sea posible. Y por este camino queda mucho por hacer.

Por suerte, los varones no somos "de una sola pieza". Tenemos contradicciones, conflictos, adherimos ambivalentemente a la masculinidad hegemónica –que tampoco es monolítica–, o la sufrimos (Connell, 1995). Por ello, a pesar de dificultades, obstáculos y resistencias, existen varones que están reaccionando de modo favorable hacia el cambio de las mujeres y practicando la igualdad en lo doméstico. ¿Cuál será la tendencia futura? Aunque es difícil preverlo, el camino no pasa por que los varones esperen ser comprendidos, o por lamentarse por ser el nuevo sexo débil o embarcándose en visiones optimistas que proclamen que el nuevo varón ya está entre nosotros.

Sabiendo que el futuro de igualdad entre mujeres y varones no está garantizado sino hay que construirlo, cabe preguntarse: ¿cómo crear motivación en los varones para un movimiento de cambio hacia la igualdad con las mujeres? ¿Cómo generar condiciones para el cambio y condiciones que promuevan la disminución de la resistencia al cambio y el desarrollo de otros intereses que neutralicen el dolor por la pérdida de prerrogativas que para los varones significa el cambio? ¿Cómo apoyar a los que ya están cambiando para que sigan avanzando? ¿Cómo hacerles comprender la importancia del modelo democrático, no sólo en lo público sino también en lo doméstico?

Quizás aún no existen muchas respuestas para estas preguntas, pero algo es seguro: el cambio es posible, pero nada podrá hacerse si no existe en los varones, uno a uno, la disposición para el cambio y la valentía para afrontarlo, así como el deseo activo de tomar iniciativas para construir vínculos más igualitarios y justos con las mujeres y no sólo "adaptándose" pasivamente a ellas. Esto no podrá salir sólo desde voluntarismos y cambios individuales. Será necesario el desarrollo de estrategias grupales y sociales, políticas que ayuden a los varones a desarrollar nuevos intereses no patriarcales, a crear deseos de cambio para la igualdad (Pease, 2000), a deslegitimar el uso de los derechos "masculinos" que los varones se resisten a ceder. Estas estrategias deberían permitir a los varones apoyarse en valores distintos –o redefinidos– a los de la masculinidad hegemónica, sin que pierdan ante sí mismos su propio valor como varón–persona.

En ese sentido, la justicia y el respeto mutuo pueden ser valores motorizantes para el cambio de los varones. Estos valores, de prestigio en el mundo público, deben cobrar también preeminencia para los varones en el mundo de lo doméstico. El lema "Tolerancia cero" –como proponen las campañas contra la violencia hacia las mujeres– a desentenderse de lo doméstico, debería guiar el camino del cambio. Implicarse no porque hacerlo pueda ser beneficioso para ellos –y en algunos aspectos puede serlo–, sino porque no hacerlo es irrespetuoso por abusivo, no es justo ni democrático.

Comprometerse con estos valores en lo doméstico quizás no sea fácil para los varones, porque reconocer la injusticia y la falta de respeto masculinos en lo doméstico supone admitir que no es una víctima, sino un productor de injusticia y no muchos toleran percibirse de ese modo. Sin ese reconocimiento, poco podrá hacerse, pero para lograrlo los varones tienen entre sus valores masculinos tradicionales la valentía que quizás les permita

reconocer su propio abuso del ejercicio de derechos. Valentía que les permita contestar *sí* a la siguiente pregunta: ¿estamos dispuestos los varones a reconocer que existe desigualdad perjudicial para las mujeres en lo doméstico y, si la hay, es porque es beneficiosa para nosotros, y eso supone que para un cambio hacia la igualdad es necesaria una democratización de los derechos monopolizados por nosotros en el mundo doméstico, con la consiguiente pérdida de las ventajas que indudablemente tenemos en el actual estado de cosas? Y luego del *sí*, ponerse a trabajar (en lo doméstico) para cambiar la injusticia. La paridad doméstica será el resultado.

BIBLIOGRAFÍA

- Alvaro, M. (1996), *Los usos del tiempo*. Madrid: Instituto de la Mujer.
- Benjamin, J. (1996), *Like Subjects, Love Objects*. Londres: Yale.
- Bleichmar, H. (1997), *Avances en psicoterapia psicoanalítica*. Madrid: Paidós.
- Bonino, L. (1998a), *Micromachismos, la violencia invisible*. Madrid: Cecom. (1998b), Los varones frente al cambio de las mujeres. *Lectora. Revista de dones i intertextualitat* (Universidad de Barcelona) 4. (2000), Varones, género y salud mental. *Nuevas visiones de la masculinidad*. Barcelona: Ikaria.
- Bourdieu, P. (1998), *La domination masculine*. París: Seuil.
- Burín, M. y Meler, I. (1998): *Género y Familia*. Buenos Aires: Paidós.
- Connell, R. (1995), *Masculinities*. Cambridge: Polity Press.
- Covas, S. (1997), La conciliación trabajo-familia, ¿problema femenino? II Jornadas de la Mujer, Leganés, España.
- Chodorow, N. (1978), *The Reproduction of Mothering*, Berkeley: University California Press.
- Delphy, C. y Leonard, D. (1992), *Familiar Exploitation*. Cambridge: Polity Press.
- Deven, F. y otros (1998), Revisión de investigaciones europeas sobre conciliación de la vida familiar y laboral de mujeres y hombres. *Rev. Materiales de trabajo de Dción del Menor-MAS, España*, 40.
- Doyal, L. (1996), Impacto del trabajo doméstico en la salud de las mujeres. *Congreso internacional salud, mujer y trabajo*. Barcelona: Cays.
- Duran, M. A. (1987), *De puertas adentro*. Madrid: Instituto de la Mujer.
- Hochschild, J. (1989), *The Second Shift*. New York: Viking.
- Hood, J. (1993) *Men, Work and Family*. London: Sage.
- Jonnasdóttir, A. (1993), *El poder del amor*. Madrid: Cátedra.
- Kimmel, M. (1998), El desarrollo (del género) del subdesarrollo (del género), en Valdés y Olavarría (ed), *Masculinidades y equidad de género en América Latina*. Santiago de Chile: FLACSO.
- McMahon, A. (1999), *Taking Care of Men*. Cambridge, UK: Cambridge University Press.
- Meil Landwerlin, G. (1997), La redefinición de la división del trabajo doméstico en la nueva familia española. *Revista Española de investigaciones sociológicas*, 78: 71-97.
- Murillo, S. (1996), *El mito de la vida privada*. Madrid: Siglo XXI.
- Pease, B. (2000), *Recreating Men. Postmodern Masculinity Politics*. London: Sage.
- Popay, J. y otros (1998), *Men, Gender Division and Welfare*. Londres: Routledge.
- Saez Buenaventura, C. (1990), Violencia y proceso de socialización genérica. En Maquieira, V. y Sánchez, C. (comp.) *Violencia y sociedad patriarcal*. Madrid: Pablo Iglesias.
- Simón Rodríguez, E. (1999), *Democracia vital*. Madrid: Narcea.
- Sineau, M. (1999), Las dos caras de la paridad, *Le Monde Diplomatique*, 28-12-99.
- Weltzer-Lang, D. y Filiod, J. (1992), *Les hommes à la conquête de l'espace domestique*. Québec: Le Jour vlb.
- Young, M. y Willmott, P. (1957), *Family and Kinship in East London*. London: Routledge.

* *Psicoterapeuta especializado en problemáticas masculinas y director del Centro de Estudios de la Condición Masculina, de Madrid. Correo-e: boncov@interplanet.es*